

L A I L U M I N A C I Ó N C R I S T I A N A

*Creed en la Luz, mientras todavía la tenéis,
para que lleguéis a ser gente que vive en la Luz (gente
iluminada). Jn 12,36*

*Pues el mismo Dios que dijo: De las tinieblas brille la
Luz, ha hecho brillar la Luz en nuestros corazones,
para irradiar el conocimiento de la Gloria de Dios
que está en la faz de Cristo. (2ª Cor 4,6)*

La Luz del Amor Creador (Dios dijo: “de las tinieblas brille la Luz”)

La Luz es la metáfora por excelencia de la Presencia y de la Acción de Dios. *La Luz es lo más alegre de todas las cosas; es el símbolo de todo lo que es bueno y saludable. En todas las religiones significa la salvación eterna* (Schopenhauer). La primera de las creaturas de Dios, incluso antes de crear el sol y las estrellas, es la Luz (Gén. 1, 3-5. 14-16). Sólo Dios puede crear la Luz y darla como gracia de su Amor. También nuestro astro rey y todas las luminarias del firmamento reciben su luz del mismo Amor Creador. El sol es sol porque Dios es Luz.

La bondad máxima de la Luz reside en que ella expresa la voluntad de Dios de hacerse conocer por el Hombre.

La Luz que Dios hizo brillar como comienzo de su creación es su mismo Amor. Desde entonces sólo el Amor ilumina los pasos del hombre en el mundo. Sólo el Amor destierra las tinieblas que acechan al corazón del hombre y entenebrecen la marcha del mundo y las relaciones entre personas. Sólo el Amor nos permite saber quién es cada uno en este mundo, y qué valores, objetivos y actividades ennoblecen nuestro caminar temporal y nos hacen crecer *como imagen y semejanza divinas*. Sin la Luz del Amor de Dios somos pobres ciegos que no saben volver a su casa: *El Señor es mi Luz y mi salvación, ¿a quién temeré?* (Sal 27,1). Y también: *Lámpara es tu Palabra para mis pasos, Luz en mi sendero* (Sal 119,105).

Esta Luz brilla en nuestros corazones (por la Palabra Creadora y Encarnada de Dios)

La profundidad de nuestro ser ha sido *suficientemente iluminada* por la acción creadora de Dios. La luz que llena de sentido y de gozo nuestra existencia va siempre de dentro afuera. Nos equivocamos trágicamente si no buscamos la luz de acontecimientos, objetos y personas, guiados por la propia Luz Interior, porque *tu Luz nos hace ver la luz* (cf Sal 36,8-10). A veces la luz exterior -verdad, bondad y belleza de las cosas creadas- no se nos revela adecuadamente, con todo su poder de felicidad y realización personal, porque no los miramos iluminados desde dentro. Otras veces, la luz natural que vislumbramos en las criaturas nos ciega, y nos entregamos a ellas con los ojos cerrados, sin razonar y sin buscar lo que Dios quiere darnos (o pedirnos) a través de sus bondades, de lo que en ellas hay de Dios para nosotros.

Desde esa Luz interior que nos permite captar la luz (bondad) de todas las cosas, el creyente iluminado adquiere la capacidad de ver el mundo como Dios lo ve -es decir,

desde la perspectiva divina-, y de amar todas las cosas como Dios las ama, con amor de comunión que a todos estima, que a nadie desprecia.

En la más pura realidad hemos de reconocer que el Amor de Dios es la verdadera Luz de nuestras vidas. Porque Dios me ama sé que vale la pena por igual sufrir y gozar, vivir y morir (*¿Qué os podrá apartar del Amor de Dios que nos ha iluminado en Cristo?* cf Rm 8,31-39; Col 3,1-4). Todo cuanto yo miro con ojos iluminados por el Amor de Dios, lo veo ya salvado, ya realizado, ya *escondido con Cristo en la eternidad de Dios*. Se trata de la limpieza de corazón que en todo ve a Dios: Dios compartiendo nuestra lenta ascensión humana. Dios amando nuestro mal para convertirlo en supremo bien. Sólo el corazón iluminado por el Amor hace limpia la mirada por la que se asoma al mundo. Es por eso que *si tu ojo está sano (iluminado), tu vida entera será un ir de menos a más gozando de las innumerables bondades con que Dios jalona todo caminar despierto* (cf Mt 6,22-23).

Dios nos ha dado su Luz para que seamos felices compartiendo y gozando de las bondades de su Creación.

Hablamos de Iluminación Cristiana

Sí: hablamos de Iluminación y de Iluminación Cristiana. Aquello que, desde cualquier perspectiva religiosa, pueda significar el término “Iluminación”, y aquello específico que posee la misma en cuanto que cristiana. O dicho de otro modo, hablamos de la manera cristiana de entender la Iluminación Mística. Quede, pues, fuera de toda sospecha que, la Iluminación de que aquí hablamos, nada tiene que ver con aquel *iluminismo* que vino a significar un culto a la razón (que queda ya relegado al “Siglo de las luces”), ni con aquel otro que quedó encerrado en desviaciones de la fe cristiana, tales como el *quietismo*, la mezcla de elementos mágicos, sincretismo y en general *gnosticismo* dualista. Pero es necesario, pero es urgentemente imprescindible, devolver a la fe cristiana, para gran número de creyentes, su dimensión mística o Iluminativa.

Según el Diccionario de la Mística¹ *este término expresa la concretización sensible (luz) del acontecimiento místico. Con ello se acentúa la totalidad de la experiencia*. Es por tanto, como *concretización* y como *totalidad*, aquello que mejor expresa y hacia lo que no puede dejar de tender toda auténtica experiencia religiosa. ¿Sería exacto decir que sin Iluminación no hay verdadera religiosidad, o al menos, que no ha llegado a su madurez? De comprender esto se trata.

El creyente de cualquier religión que pierde de vista el norte de la Iluminación, pierde en el acto la orientación hacia su madurez en la fe. La ausencia del deseo de alcanzar la Iluminación y de vivir en ella, indica claramente la escasa o nula vitalidad de la práctica religiosa. Todas las religiones tienen el deber de despertar en sus fieles el entusiasmo por alcanzar esa luz que es concretización y totalidad del camino místico, presente en el corazón de todas las grandes religiones.

El *acontecimiento místico* es acontecimiento de *luz*, es decir, de gracia de una nueva mirada sobre la vida y el mundo, que se abre en el ser más profundo del creyente. Una mirada a través de la cual mira Dios. Una mirada que coincide con la mirada de Dios. Por eso la Iluminación (que tiene mucho que ver con la bienaventuranza de los limpios de corazón: Mt 5, 8) puede en puridad definirse como ***un ver el mundo con los ojos de Dios y un amar el mundo con el corazón de Dios***.

La Iluminación resulta así, lejos de cualquier forma de alienación o distanciamiento de lo auténticamente humano irrenunciable, una gracia existencial, un nuevo nacimiento del creyente iluminado, que vuelve (renace) a la vida ordinaria, no

¹ Ediciones Monte Carmelo, p. 531s., Burgos 2000.

para hacer algo distinto de lo que hacía antes, sino para hacer lo mismo pero de distinta manera, muy distinta manera (¿no son los términos *Alumbramiento* = dar a luz a esta vida, venir a este mundo; e *Iluminación* = abrir los ojos a la luz, captar la realidad en su esencia más profunda, términos sinónimos e íntimamente relacionados?).

Las relaciones humanas, la afectividad, el trabajo, la cultura, el comercio, etc., siguen siendo las ocupaciones habituales del creyente iluminado, pero con un nuevo estilo que lo define y distingue: un hacer lleno de paz, sin protagonismos anhelados, sin competencias luchadoras, sin envidias larvadas (y larvantes), con generosa gratitud en todas sus entregas.

Fuerza Unificadora de la Iluminación Cristiana

Es así como la persona iluminada en su fe religiosa, por su fe religiosa, se vive a sí misma unificada en su núcleo más íntimo y autenticador, a la vez que se siente muy en comunión con todos los seres, con la totalidad del universo. El gozo de esta unificación personal y de esta comunión universal, no tiene punto de comparación con ningún otro gozo de este mundo. Lo que hace de la criatura iluminada por la vivencia mística de su fe, el ser más intensamente feliz de este mundo. Su felicidad no es pasajera porque tiene su fuente abierta en la hondura de su ser. Y nadie puede cegar esta fuente si el creyente no lo permite.

¿No es precisamente éste el Espíritu que anima a San Juan de la Cruz, en su *Oración de alma enamorada*, cuando empujado por la Luz Interior se ve forzado a gritar: *No me quitarás, Dios mío, lo que una vez me diste en tu único Hijo Jesucristo, en que me diste todo lo que quiero?* Y a continuación, como ebrio del gozo de Dios que emana del conjunto y de cada una en particular de sus criaturas, gozo que el mismo Dios ha puesto en ellas para nosotros, canta en éxtasis el místico de Fontiveros:

*Míos son los cielos y mía es la tierra; mías son las gentes,
los justos son míos y míos los pecadores;
los ángeles son míos, y la Madre de Dios,
y todas las cosas son mías;
y el mismo Dios es mío y para mí,
porque Cristo es mío y todo para mí.
Pues ¿qué pides y buscas, alma mía?
Tuyo es todo esto y todo es para ti.
No te pongas en menos ni repares en migajas
que se caen de la mesa de tu Padre.
Sal fuera y gloríate en tu gloria,
escóndete en ella y goza,
y alcanzarás todas las peticiones de tu corazón².*

El *acontecimiento místico* sólo se puede *hacer sensible* como comunión con el misterio; y esta comunión es a la vez conocimiento amoroso de Dios y sentido trascendente de la vida. El misterio es el exceso de luz que nos ilumina dejándonos ciegos. Dios nos mira y en su mirada nos vemos a nosotros mismos como Él nos ve, y vemos la realidad última de este mundo tal como es en Dios. Realidad última que no coincide, ni mucho menos, con los acontecimientos de superficie que más nos suelen llamar la atención e incluso preocupar. Realidad última que sólo el iluminado alcanza a ver y que consiste en vivenciar la presencia salvadora, plenificadora del Amor de Dios, como sentido glorioso de todo cuanto existe.

² Dichos de Luz y Amor, 25

La Sabiduría, *reflejo de la Luz Eterna, Espejo sin mancha de la actividad de Dios e Imagen de su Bondad*³, es el don que el Espíritu deposita en el corazón del creyente, a fin de que pueda gozar mucho de Dios contemplándole (compartiéndole) en el mucho amor a sus criaturas.

Que Dios ama el Mundo, que Dios busca al Hombre, y que no puede dejar de amarlo y de buscarlo, es la gran certidumbre que alumbra los pasos del hombre y mujer que se han dejado iluminar por el Espíritu.

Cada año, la fiesta cristiana de Pentecostés, viene a recordarnos este vivir iluminado, esta conciencia mística, que nos permite vivirnos personalmente como destinatarios de su apasionado Amor, convocados a la intimidad de su comunión divina, y a la vez, como consecuencia o fruto natural, nos conduce a ver el mundo, nuestro mundo real, con los ojos de Dios y amarlo con su propio corazón.

³ Véase el texto completo de Sab 7, 22-8,1.